

El secreto de la elasticidad de Douglas Fairbanks

Habíamos imaginado a Douglas Fairbanks entrenándose continuamente para conservar la maravillosa elasticidad de sus músculos.

El gran actor americano, idolo de la multitud, es admirado no solamente en la pantalla. Sus mayores éxitos se registran en el campo deportivo.

Tanta ductilidad y maestría no pueden ser resultado sino de una «escuela» pacientemente seguida a través de una rigurosa gimnasia sistemática, decían los entendidos.

Cuando Fairbanks oye esta declaración no puede reprimir una ruidosa carcajada, que ilumina todo su rostro, no bello, pero simpatiquísimo siempre.

El celebrado actor americano tiene fama de ser parco en palabras.

Pues bien, cuando Douglas padre, tan avaro de palabras, oye divagar acerca de su entrenamiento gimnástico, pierde la natural reserva y explica largamente cómo conserva la ligereza de sus miembros y esa envidiable elasticidad de su cuerpo.

—Ni en sueños se me ha ocurrido —dice— someterme a ejercicios metodizados. Opino que los métodos no sirven para nada y supongo erróneos los manuales editados con el fin de dar infalibles reglas para estar sano, para crearse músculos de acero o para ser ágil como un gato.

Sonríe entonces, confesando que, en realidad, mucho aprendió de ese felino, cuyo método trató de imitar. —Quedamos en que tengo el «método del gato».

Con original expresión Douglas llama «método del gato» a no tener ninguno.

Después de todo quizá tenga razón. ¿Acaso ese animal necesita lecciones de gimnasia o sigue un sistema especial de entrenamiento?

No. Deja ejercitar sus músculos como quieren y cuando quieren.

Ni el gato ni ningún otro felino de la tierra adiestraron su cuerpo con flexiones rítmicas, alzando pesas o efectuando saltos regulares.

Desde el punto de vista gimnástico, el animal no observa tampoco orden alguno. Se despierta, despereza sus miembros y sale tranquilamente de paseo. Un pájaro, un ratoncito o un pichón llaman su atención. Entonces se detiene y, ante el deseo de atraparlo, se apresta a la obra: pega un salto, obtiene el bocado codiciado y queda satisfecho del improvisado ejercicio.

—Aseguro a ustedes —comenta Douglas— que, con tal proceder, el gato no deforma una sola fibra de sus músculos. Igual cosa me ocurre a mí.

En cuanto el trabajo de filmación me permite unos minutos de libertad, me pongo a caminar tranquilamente.

Si en el camino encuentro un foco de luz y me dan tentaciones de trepar a la columna o servirme de ella



DOUGLAS FAIRBANKS, VISTO POR UN DIBUJANTE ARGENTINO

para balancearme (por qué había de privarme de ese placer). Si tengo en la calle y a mano cuánto necesito, no veo la necesidad que encerrarme en un local especial para hacer gimnasia.

La columna de hierro que sostiene al foco equivale, sin desmedro, a cualquier percha gimnástica. Tiene, sobre todo, la ventaja de agradarme. Me da la sensación de no hacer un movimiento por obligación, sino simple y llanamente porque quiero y me divierte hacerlo.

Este es el gran secreto: introducir en el ejercicio físico un elemento de alegría, improvisándolo.

Según explica el famoso astro del celuloide, la satisfacción originada por esta suerte de ejercicios «contribuye a rejuvenecer».

Sostiene con insistencia el actor, que debe en gran parte su juventud a esa indisciplina gimnástica observada desde su adolescencia.

—Cuando me preguntan la edad — agrega Fairbanks — califico de insignificante tal interrogación.

«Nada importa si el calendario marca cuarenta años o más. Yo me rijo por uno personal y no le permito a ningún almanaque venga a ordenarme qué debo hacer.

«Tengo la edad que «siento tener». Puedo hoy ejecutar con igual pre-

cisión los mismos ejercicios realizados cuando tenía veinte años, y experimento, al hacerlo, idéntico placer que entonces.»

La alegría exterior, la vitalidad contagiosa del prestigioso actor, pronto se perdería si se le condenara a seguir sistemas para corregir tal cosa o prevenir tal otra.

El régimen más sabio consiste en rechazar la autoridad del calendario oficial — dice — para dirigir personalmente su existencia.

—Naturalmente — agrega Douglas Fairbanks —, no siempre puedo satisfacer mis impulsos naturales.

En ocasiones, al entrar, invitado a comer, en algún salón, ante la mesa bien tendida, siento impulso irresistible de saltarla a pies juntos, como si fuera fácil obstáculo, pero me retengo... No tardó en sentir entonces un curioso hormigueo en las piernas como protesta por semejante abstención.

En una comida íntima, o entre amigos, jamás me privo del placer de ocupar mi sitio saltando por encima de la mesa.

No debe creerse que para demostrar la elasticidad de mis músculos baje por una cuerda a recibir a los visitantes en lugar de usar las escaleras. No. Me basta sentir en buen estado, en mis fibras, para hacer cabriolas y payasadas cuando me place, sin importarme los espectadores.

Debo reconocer que, en ocasiones, la dignidad se torna un obstáculo atentatorio, no solamente de la salud, sino de la sana alegría de vivir. El secreto reside en conciliar ambas cosas. A veces un árbol frondoso, cuyas ramas se tienden sobre un precipicio, me inspira el deseo de dar un hermoso galope. Para andar a caballo, basta un objeto que se le asemeje un poco y permita iguales movimientos y volteretas.

Por eso, cuando descubro una rampa curva sobre un abismo, la aprovecho siempre...

Igual tentación me ocurre en la ciudad con los automóviles veloces.

Mido la distancia con la vista, calculando el salto que debía dar. Pero me contengo por razones fáciles de comprender.

Soy un grande, un incorregible caminador, y, al andar, hago mucho ejercicio, a mi manera.

Esta última confidencia de Douglas Fairbanks es bien comprensible para cuantos le han visto de paseo por las calles.

Cada movimiento parece responder a un mecanismo oculto de armonía: se siente en los pasos de este hombre agilísimo el juego de cada músculo de su organismo.

Y se comprende, al mirarle, que tan sencillo ejercicio constituya para él una fuente perenne de juventud y de alegría.

za. La muchacha, desesperada, se arroja por la ventana, hallando la muerte al caer al patio del edificio.

En estas circunstancias regresa la señora Grant, madre de Peggy, que acusa a Hildy de ocultar el reo. Burns la contradice con furor y golpea inadvertidamente el buró donde está escondido Williams, el cual, creyendo que es la señal convenida, hace ruido y se descubre todo. Se lo llevan detenido y el sheriff arresta a Burns e Hildy como cómplices de



la fuga. Ellos protestan, alegando el Poder de la Prensa. Entonces llega el enviado del gobernador, medio borracho y dice que su conciencia le

impide ocultar por más tiempo la orden de suspender la ejecución de que es portador.

Esto cae como un bomba y los dos periodistas recobran la libertad. Peggy, que ha comparecido allí también, en busca de su prometido, perdona a Hildy por lo que ha hecho y éste rechaza las tentativas de Burns para retenerle a su lado.

Al fin se ponen todos de acuerdo y la joven pareja parte al fin, camino de la felicidad.

MAE CLARKE, SIMPATICA ANFITRIONA

Mae Clarke recibió a un grupo de caballeros sudamericanos durante un intervalo en la producción de «Palabra de mujer» en la cual hace la protagonista.

Los visitantes quedaron encantados con Mae, y ésta aprendió en los pocos minutos de la visita unas cuantas palabras españolas, de las cuales se la oyó decir después «Muy simpáticos».

PERFECTO ENTENDIMIENTO

Jack Holt fumaba su cigarrillo saboreando una taza de café entre escenas de «Fiebre» cuando uno de los empleados de la oficina le presentó un documento para que lo llevara a su casa y lo estudiara.

—Un momento — dijo Jack. El empleado se detuvo. Con los ojos semicerrados, el astro leyó con rápida concentración el documento.

—¿Quién tiene una pluma-fuente? — preguntó.

El empleado le ofreció la suya. Admirado le vio firmar el documento y volvérselo diciendo:

—No tengo que llevarlo a casa. Está bien.

Era nada menos que el nuevo contrato que le ofrecía una productora por el cual se asegura los servicios del astro durante varios años más, y cuyas cláusulas no habían sido discutidas todavía. Un rasgo que demuestra el perfecto entendimiento entre la productora y el popular artista.

SUENA ASI, PERO NO ES BOMBO!

Cuántas veces ha visto el lector una película con un artista de nota, y sale diciendo: ¡Dios mío, qué pésimo está! Pues bien, muchas veces el artista no sabe lo pésimo que ha salido hasta ver la película en la pantalla. Un argumento pobre, una parte imposible y un mal director, matan a un artista, pero casi siempre la culpa se le achaca al director entre los del ramo, mientras que el actor recibe el vapuleo de los profanos. Por eso el telegrama recibido en las oficinas centrales de la Columbia en Nueva York no es bombo, es un homenaje

NOTICIAS CORTAS

a la bondad del conjunto. Dice así: «Acabamos de ver «Africa charlatana», y aprovechamos la oportunidad para expresarles nuestras gracias por haber producido la mejor y más divertida película en que hayamos aparecido. — Wheeler y Wollsey.»

Raquel Torres hace la «Tarzana» en esta farsa de Norman Krasna, que ha sido hábilmente dirigida por Eddie Cline.

UNA CASA DE AUTORES CINEMATOGRAFICOS

Recientemente se ha inaugurado en Hollywood una casa para autores cinematográficos. El edificio se levanta en los estudios que posee la Fox. La arquitectura está inspirada en un puro estilo normando y es de verdadero buen gusto.

Como detalle digno de mencionarse, indicaremos que sobre la puerta de entrada aparecen grabadas estas palabras:

«Una obra debería ser la imagen de la naturaleza humana, destinada a distraer e instruir a los hombres.»

Creemos que es un ejemplo digno de ser imitado.

UN PRETENDIENTE QUE PRODUCE POCO AGRADO

Bebe Daniels, la esposa de Ben Lyon, ha tenido motivos hasta hace poco dolerse de la mucha publicidad que se ha dado a su nombre y a su labor artística. Porque sucede que de la noche a la mañana, a Bebe le ha salido un marido insospechado. Un marido brotado del suelo, como los hongos.

Se trataba de un sujeto, veterano de la pasada guerra europea, que no la dejaba a sol ni a sombra hacién-

dola objeto de toda suerte de atenciones. Preguntado el hombre por el motivo de aquella persecución, afirmó tener el más perfecto derecho.

Según él, Bebe Daniels era su esposa desde el año 1925 y que su amistad con la linda actriz cinematográfica databa desde Francia, en los días sangrientos de la guerra, en los que él se vio asistido por Bebe durante una larga permanencia en un hospital.

Lo malo del caso fué que la artista jamás había estado en Francia y su único matrimonio es el que verificó con su actual esposo, Ben Lyon.

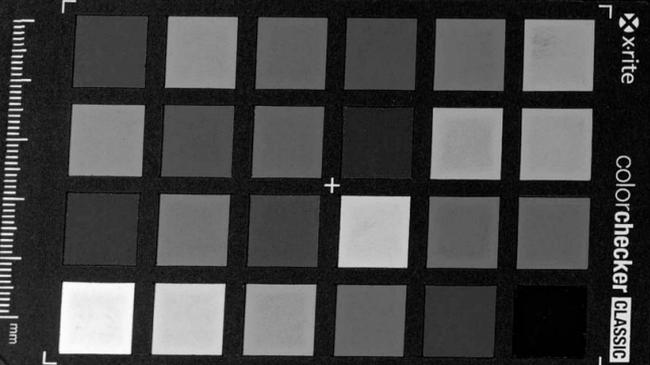
A final de cuentas ha resultado que el tal veterano era un sujeto escapado de un manicomio, a donde ha ido a parar nuevamente, con gran satisfacción de su supuesta y forzada esposa.

SE VUELVE A HABLAR DE MARY MILES MINTER

¿Os acordáis de este nombre? Hubo un tiempo en que esta actriz tuvo multitud de admiradores en todos los rincones del mundo. Era en la época lejana del cine mudo y en aquellos días en que Mary Pickford actuaba en la pantalla con sus papeles de «enfant terrible».

Mary Miles Minter había sido competidora digna de toda consideración y había incluso quien la prefería a la actual esposa de Douglas Fairbanks.

Recientemente su nombre ha vuelto a aparecer en los periódicos y el público ha recordado sus días de gloria. El motivo de esta publicidad, sin embargo, tiene muy poco de artística. Se trata de comentarios que se hacen con motivo de que tanto Mary Miles Minter y su madre han sido víctimas de la excesiva confianza depositada a un individuo que les ha hecho perder una verdadera fortuna.



El secreto de la elasticidad de Douglas Fairbanks

Habíamos imaginado a Douglas Fairbanks entrenándose continuamente para conservar la maravillosa elasticidad de sus músculos.

El gran actor americano, idolo de la multitud, es admirado no solamente en la pantalla. Sus mayores éxitos se registran en el campo deportivo.

Tanta ductilidad y maestría no pueden ser resultado sino de una «escuela» pacientemente seguida a través de una rigurosa gimnasia sistemática, decían los entendidos.

Cuando Fairbanks oye esta declaración no puede reprimir una ruidosa carcajada, que ilumina todo su rostro, no bello, pero simpatiquísimo siempre.

El celebrado actor americano tiene fama de ser parco en palabras.

Pues bien, cuando Douglas padre, tan avaro de palabras, oye divagar acerca de su entrenamiento gimnástico, pierde la natural reserva y explica largamente cómo conserva la ligereza de sus miembros y esa envidiable elasticidad de su cuerpo.

—Ni en sueños se me ha ocurrido —dice— someterme a ejercicios metodizados. Opino que los métodos no sirven para nada y supongo erróneos los manuales editados con el fin de dar infalibles reglas para estar sano para crearse músculos de acero o para ser ágil como un gato.

Sonríe entonces, confesando que, en realidad, mucho aprendió de ese felino, cuyo método trató de imitar.

—Quedamos en que tengo el «método del gato».

Con original expresión Douglas llama «método del gato» a no tener ninguno.

Después de todo quizá tenga razón. ¿Acaso ese animal necesita lecciones de gimnasia o sigue un sistema especial de entrenamiento?

No. Deja ejercitar sus músculos como quieren y cuando quieren.

Ni el gato ni ningún otro felino de la tierra adiestraron su cuerpo con flexiones rítmicas, alzando pesas o efectuando saltos regulares.

Desde el punto de vista gimnástico, el animal no observa tampoco orden alguno. Se despierta, despereza sus miembros y sale tranquilamente de paseo. Un pájaro, un ratoncito o un pichón llaman su atención. Entonces se detiene y, ante el deseo de atraparlo, se apresta a la obra; paga un salto, obtiene el bocado codiciado y queda satisfecho del improvisado ejercicio.

—Aseguro a ustedes —comenta Douglas— que, con tal proceder, el gato no deforma una sola fibra de sus músculos. Igual cosa me ocurre a mí.

En cuanto el trabajo de filmación me permite unos minutos de libertad, me pongo a caminar tranquilamente.

Si en el camino encuentro un foco de luz y me dan tentaciones de trepar a la columna o servirme de ella



DOUGLAS FAIRBANKS, VISTO POR UN DIBUJANTE ARGENTINO

para balancearme ¿por qué había de privarme de ese placer? Si tengo en la calle y a mano cuanto necesito, no veo la necesidad que encerrarme en un local especial para hacer gimnasia.

La columna de hierro que sostiene al foco equivale, sin desmedro, a cualquier percha gimnástica. Tiene, sobre todo, la ventaja de agradarme. Me da la sensación de no hacer un movimiento por obligación, sino simple y llanamente porque quiero y me divierte hacerlo.

Este es el gran secreto: introducir en el ejercicio físico un elemento de alegría, improvisándolo.

Según explica el famoso astro del celuloide, la satisfacción originada por esta suerte de ejercicios «contribuye a rejuvenecer».

Sostiene con insistencia el actor, que debe en gran parte su juventud a esa indisciplina gimnástica observada desde su adolescencia.

—Cuando me preguntan la edad — agrega Fairbanks — califico de insignificante tal interrogación.

«Nada importa si el calendario marca cuarenta años o más. Yo me rijo por uno personal y no le permito a ningún almanaque venga a ordenarme qué debo hacer.

«Tengo la edad que «siento tener». Puedo hoy ejecutar con igual pre-

cisión los mismos ejercicios realizados cuando tenía veinte años, y experimento, al hacerlo, idéntico placer que entonces.»

La alegría exterior, la vitalidad contagiosa del prestigioso actor, pronto se perdería si se le condenara a seguir sistemas para corregir tal cosa o prevenir tal otra.

El régimen más sabio consiste en rechazar la autoridad del calendario oficial — dice — para dirigir personalmente su existencia.

— Naturalmente — agrega Douglas Fairbanks —, no siempre puedo satisfacer mis impulsos naturales.

En ocasiones, al entrar, invitado a comer, en algún salón, ante la mesa bien tendida, siento impulso irresistible de saltarla a pies juntos, como si fuera fácil obstáculo, pero me retengo... No tardo en sentir entonces un curioso hormigueo en las piernas como protesta por semejante abstinencia.

En una comida íntima, o entre amigos, jamás me privo del placer de ocupar mi sitio saltando por encima de la mesa.

No debe creerse que para demostrar la elasticidad de mis músculos baje por una cuerda a recibir a los visitantes en lugar de usar las escaleras. No. Me basta sentir en buen estado en mis fibras para hacer cabriolas y payasadas cuando me place, sin importarme los espectadores.

Debo reconocer que, en ocasiones, la dignidad se torna un obstáculo atentatorio, no solamente de la salud, sino de la sana alegría de vivir. El secreto reside en conciliar ambas cosas. A veces un árbol frondoso, cuyas ramas se tienden sobre un precipicio, me inspira el deseo de dar un hermoso galope. Para andar a caballo, basta un objeto que se le asemeje un poco y permita iguales movimientos y volteretas.

Por eso, cuando descubro una rama curva sobre un abismo, la aprovecho siempre...

Igual tentación me ocurre en la ciudad con los automóviles veloces.

Mido la distancia con la vista, calculando el salto que debía dar. Pero me contengo por razones fáciles de comprender.

Soy un grande, un incorregible caminador, y, al andar, hago mucho ejercicio, a mi manera.

Esta última confidencia de Douglas Fairbanks es bien comprensible para cuantos le han visto de paseo por las calles.

Cada movimiento parece responder a un mecanismo oculto de armonía: se siente en los pasos de este hombre agilísimo el juego de cada músculo de su organismo.

Y se comprende, al mirarle, que tan sencillo ejercicio constituya para él una fuente perenne de juventud y de alegría.

za. La muchacha, desesperada, se arroja por la ventana, hallando la muerte al caer al patio del edificio.

En estas circunstancias regresa la señora Grant, madre de Peggy, que acusa a Hildy de ocultar el reo. Burns la contradice con furor y golpea inadvertidamente el buró donde está escondido Williams, el cual, creyendo que es la señal convenida, hace ruido y se descubre todo. Se lo llevan detenido y el sheriff arresta a Burns e Hildy como cómplices de



la fuga. Ellos protestan, alegando el Poder de la Prensa. Entonces llega el enviado del gobernador, medio borracho y dice que su conciencia le

impide ocultar por más tiempo la orden de suspender la ejecución de que es portador.

Esto cae como un bomba y los dos periodistas recobran la libertad. Peggy, que ha comparecido allí también, en busca de su prometido, perdona a Hildy por lo que ha hecho y éste rechaza las tentativas de Burns para retenerle a su lado.

Al fin se ponen todos de acuerdo y la joven pareja parte al fin, camino de la felicidad.

MAE CLARKE, SIMPATICA ANFITRIONA

Mae Clarke recibió a un grupo de caballeros sudamericanos durante un intervalo en la producción de «Palabra de mujer» en la cual hace la protagonista.

Los visitantes quedaron encantados con Mae, y ésta aprendió en los pocos minutos de la visita unas cuantas palabras españolas, de las cuales se la oyó decir después «Muy simpáticos».

PERFECTO ENTENDIMIENTO

Jack Holt fumaba su cigarrillo saboreando una taza de café entre escenas de «Fiebre» cuando uno de los empleados de la oficina le presentó un documento para que lo llevara a su casa y lo estudiara.

—Un momento — dijo Jack. El empleado se detuvo. Con los ojos semicerrados, el astro leyó con rápida concentración el documento.

—¿Quién tiene una pluma-fuente? — preguntó.

El empleado le ofreció la suya. Admirado le vio firmar el documento y devolvérselo diciendo:

—No tengo que llevarlo a casa. Está bien.

Era nada menos que el nuevo contrato que le ofrecía una productora por el cual se asegura los servicios del astro durante varios años más, y cuyas cláusulas no habían sido discutidas todavía. Un rasgo que demuestra el perfecto entendimiento entre la productora y el popular artista.

SUENA ASI, PERO NO ES BOMBO!

Cuántas veces ha visto el lector una película con un artista de nota, y sale diciendo: ¡Dios mío, qué pésimo está! Pues bien, muchas veces el artista no sabe lo pésimo que ha salido hasta ver la película en la pantalla. Un argumento pobre, una parte imposible y un mal director, matan a un artista, pero casi siempre la culpa se le achaca al director entre los del ramo, mientras que el actor recibe el vapuleo de los profanos. Por eso el telegrama recibido en las oficinas centrales de la Columbia en Nueva York no es bombo, es un homenaje

NOTICIAS CORTAS

a la bondad del conjunto. Dice así: «Acabamos de ver «Africa charlatana», y aprovechamos la oportunidad para expresarles nuestras gracias por haber producido la mejor y más divertida película en que hayamos aparecido. — Wheeler y Wolsey.»

Raquel Torres hace la «Tarzana» en esta farsa de Norman Krasna, que ha sido hábilmente dirigida por Eddie Cline.

UNA CASA DE AUTORES CINEMATOGRAFICOS

Recientemente se ha inaugurado en Hollywood una casa para autores cinematográficos. El edificio se levanta en los estudios que posee la Fox. La arquitectura está inspirada en un puro estilo normando y es de verdadero buen gusto.

Como detalle digno de mencionarse, indicaremos que sobre la puerta de entrada aparecen grabadas estas palabras:

«Una obra debería ser la imagen de la naturaleza humana, destinada a distraer e instruir a los hombres.» Creemos que es un ejemplo digno de ser imitado.

UN PRETENDIENTE QUE PRODUCE POCO AGRADO

Bebe Daniels, la esposa de Ben Lyon, ha tenido motivos hasta hace poco dolerse de la mucha publicidad que se ha dado a su nombre y a su labor artística. Porque sucede que de la noche a la mañana, a Bebe le ha salido un marido insospechado. Un marido brotado del suelo, como los hongos.

Se trató de un sujeto, veterano de la pasada guerra europea, que no la dejaba a sol ni a sombra hacién-

dola objeto de toda suerte de atenciones. Preguntado el hombre por el motivo de aquella persecución, afirmó tener el más perfecto derecho.

Según él, Bebe Daniels era su esposa desde el año 1925 y que su amistad con la linda actriz cinematográfica databa desde Francia, en los días sangrientos de la guerra, en los que él se vio asistido por Bebe durante una larga permanencia en un hospital.

Lo malo del caso fué que la artista jamás había estado en Francia y su único matrimonio es el que verificó con su actual esposo, Ben Lyon. A final de cuentas ha resultado que el tal veterano era un sujeto escapado de un manicomio, a donde ha ido a parar nuevamente, con gran satisfacción de su supuesta y forzada esposa.

SE VUELVE A HABLAR DE MARY MILES MINTER

¿Os acordáis de este nombre?

Hubo un tiempo en que esta actriz tuvo multitud de admiradores en todos los rincones del mundo. Era en la época lejana del cine mudo y en aquellos días en que Mary Pickford actuaba en la pantalla con sus papeles de «enfant terrible».

Mary Miles Minter había sido competidora digna de toda consideración y había incluso quien la prefería a la actual esposa de Douglas Fairbanks.

Recientemente su nombre ha vuelto a aparecer en los periódicos y el público ha rememorado sus días de gloria. El motivo de esta publicidad, sin embargo, tiene muy poco de artística. Se trata de comentarios que se hacen con motivo de que tanto Mary Miles Minter y su madre han sido víctimas de la excesiva confianza depositada a un individuo que les ha hecho perder una verdadera fortuna.



Marie Dressler, prota-
nista de "EMMA"

LA MAS GRANDE TRAGICA, LA MAS EMINENTE
COMICA DE LA PANTALLA, LA INCOMPARABLE
MARIE DRESSLER, EN SU FILM INOLVIDABLE
"EMMA", PRODUCCION METRO GOLDWYN
MAYER QUE LA HA CONSAGRADO COMO LA AC-
TRIZ MAS QUERIDA DEL PUBLICO AMERICANO

UN GRAN CONCURSO CELEBRADO CON LAS MA-
XIMAS GARANTIAS, DEJO DEMOSTRADO QUE
MARIE DRESSLER ES LA FIGURA QUE HOY POR
HOY CUENTA CON EL MAXIMO ATRACTIVO PARA
TODOS LOS PUBLICOS, CUYO ENTUSIASMO MUL-
TITUDINARIO DESPUES DE SU GENIAL PRODUC-
CION "EMMA" HA SOBREPASADO AL DE
LAS MAS BELLAS Y ATRACTIVAS FIGURAS
DEL CINEMA



En la nueva cruzada de las productoras cinematográficas en busca de caras nuevas, la Paramount ha encontrado a Juliette Compton, importante valor que, según dicen, ha de destacarse grandemente en el estreno yanqui

FIGURAS
DE LA
PANTALLA
**Rufino
Inglés**
protagonista de
**Un
nocturno
de Chopin**

Hoy se asoma a la ventana, siempre abierta, de nuestras páginas semanales, la figura interesante de Rufino Inglés, actor español que, después de haber rodado varios films en los estudios franceses de la Paramount, hizo un viaje a Palma de Mallorca para interpretar el papel de más importancia en el interesante film «Un nocturno de Chopin».

Rufino Inglés no necesita ser presentado a nuestro público. Todos le conocemos: es un deportista consumado que boxea, nada, monta a caballo, patina y se lanza en sus esquís ligeros por las pendientes nevadas de las montañas.

Aprovechamos el haber tenido el placer de saludarle en su pisito elegante y coquetón del Paseo del Prado, para provocar la entrevista. Con la simpatía que le caracteriza, contesta a cada una de nuestras preguntas.

—¿Prepara usted algo ahora? Vamos, cuéntenmelo.

Sonríe.

—Dentro de unas semanas comenzaré a rodar un asunto de mucha importancia. Le agradeceré que no diga nada todavía, sobre este particular. Lo llevo todo en la reserva más absoluta.

—Será en Madrid, por supuesto.

—Y en Barcelona. Se trata de un film excepcional.

—¿Tiene usted confianza en la producción española?

—¡Ya lo creo! Precisamente ahora se rueda «Sol en la nieve», que escribió y dirige León Artola. También acaba de llegar de Francia Carlos San Martín, el célebre actor y «metteur en scène», con objeto de preparar el terreno para producir películas nacionales y que, por lo pronto, mientras este propósito sea un hecho, se dedicará a hacer documentales, ya solicitados por el mundo entero. Y como protagonista de la primera cinta que piensa realizar, traerá a Grazia del Rio, una muchacha bellísima que interpretó «talkies» en Hollywood, y en las principales ciudades de Europa, pues habla varios idiomas a la perfección.

—Bueno. Volvamos a lo suyo. ¿Cómo se llama eso que usted prepara?

—Le ruego no me haga hablar. Es un secreto.



Rufino Inglés, un valor destacado del cine hispano, tiene un recuerdo lleno de afecto para nuestro público

Y Rufino Inglés no nos lo dice. Sabemos que es un galán que recibe diariamente muchísimas cartas de amor escritas por sus admiradoras.

La charla, a partir del momento en que se cerró para las confidencias, adquiere un tono de gran confianza. Ha llegado el momento de

fumar un cigarrillo y beber, después, una copita de coñac. Seguimos hablando apasionadamente de todo cuanto para nosotros tenía de interés, y Cuando iba a morir la tarde con un apretón de manos nos despedimos.

La vida Gráfico y musical más cariñosa de Rufino Inglés 1933



ASEGURAN QUE MAUREEN O'SULLIVAN—LA LINDA ACTRIZ DE LA METRO GOLDWYN MAYER—ES UNA ENTHUSIASTA DE LA ELECTRICIDAD. HELA AQUI, DANDO INSTRUCCIONES A LOS ELECTRICISTAS, EN UN DESCANSO DE LA PELICULA QUE ESTA RODANDO



INTERESANTE ESCENA DE «LA MELODIA DE LA VIDA», FILM DE LA R. K. O. - RADIO (S. I. C. E.). LA PAREJA SON IRENE DUNN Y RICARDO CORTEZ

SM-16

UN GRAN REPORTAJE

Film de ARTISTAS ASOCIADOS



ARGUMENTO

En la oficina de Prensa del Palacio de Justicia, de Chicago, se hallan reuidos los reporters de los principales rotativos, esperando que llegue el momento de hacer la información de la ejecución de Earl Williams, autor del asesinato de un policía negro. El asunto tiene solamente trascendencia para las autoridades locales, que, haciendo «justicia», tratan de asegurarse el voto de los electores negros en las inminentes elecciones.

Se abre la puerta y entra Molly, una muchacha mundana, único testigo de descargo durante el proceso de Williams. Los periodistas se chanclean y la joven, ofendida, les responde agriamente, dándoles a entender que es sólo amiga desinteresada y compasiva del reo, que no es un criminal nato, sino un cerebro enfermizo y un infeliz desamparado. Llega después allí Hildy Johnson, el mejor reporter del «Post» y de cuantos allí se hallan. Anuncia que va a casarse con Peggy Grant, que ha obtenido un buen empleo en Nueva York y un regalo de boda de 500 dólares. La novia, añade, le espera en la estación con su madre. Llama entonces por teléfono a Burns, jefe de Redacción, y en despectivos términos le manda su dimisión.

En aquel momento se oyen dispa-

| REPARTO | |
|---------------------|----------------|
| Walter Burns . . . | Adolphe Menjou |
| Hildy Johnson . . . | Pat O'Brien |
| Peggy Grant . . . | Mary Brian |
| Molly | Mac Clarke |
| Sheriff | C. H. Wilson |
| Kruger | Maty Moore |
| Pincus | Shammerville |

ros en el patio del edificio y un grito de «Williams se ha escapado!» Los periodistas corren a sus teléfonos para avisar a sus diarios respectivos y Hildy, el mejor sabueso, olvidando a Peggy, al tren y su dimisión, llama por teléfono al «Post» y entera a Burns de lo que pasa. Mientras los demás corren a la oficina del sheriff a por datos, Hildy interroga privadamente a un guardián y se entera de dónde sacó Williams el revólver que le permitió la fuga.

El alcalde y el sheriff están muy preocupados por el hecho, cuando llega un enviado del gobernador con orden de suspender la ejecución. Temiendo por las consecuencias electorales de tal suspensión, el alcalde soborna al enviado de gobernador. Cuando salen, entra Hildy a recoger

su maleta para dirigirse a la estación, pero un ruido y descubre Williams, débil y fatigado, acercándose a la ventana. Molly viene en busca de noticias y entre los dos ocultan a Williams dentro un buró americano de persiana. Hildy llama con urgencia a Burns, por teléfono, mientras Peggy le llama por otro aparato. Anuncia a su novia que ha capturado a un asesino y que, debido a ello, tardará en ir más de la cuenta.

Comparece allí Burns, quien se propone hacer sacar del edificio al fugado reo dentro del buró en que madre de Peggy, en busca de Hildy, que empiece a escribir un artículo contra el alcalde y su corrompida administración. Llega entonces la madre de Peggy, en busca de Hildy. Burns se desembaraça de ella por medio de un acólito suyo, que se la lleva con él, para que Hildy pueda terminar el artículo.

A los pocos instantes irrumpen en la oficina los demás reporters, el alcalde y el sheriff, con sus hombres, que han practicado un registro en casa de Molly, buscando a Williams. Acusan a Hildy de cómplice de la huida. Molly sabe el paradero del reo, naturalmente, pero dice a la policía que no lo descubrirá. Esta decide arrancarle la confesión a viva fuer-

ASPECTOS DESCONOCIDOS DE LOS ESTUDIOS

LAS PRUEBAS DE NEOFITOS

Puede decirse que no hay criatura de veinte años que no sueñe con ser estrella de cine. No desconoce que para llegar a la cumbre son necesarias, además de las condiciones físicas, las aptitudes artísticas. Pero nada arredra al aspirante a estrella. Y así cuando alguna empresa de películas solicita gente o tipos para un film en proyecto, el estudio se convierte en una verdadera romería de aspirantes, lo mismo en los estudios de los Estados Unidos que en los de Europa.

Un observador puede advertir detalles muy curiosos en la forma de desenvolverse por parte de los aspirantes cuando se hallan encauzados en el engranaje de los estudios cinematográficos. Lo que vamos a referir ha sido visto en un estudio germano, en uno de los días que se deslinaron a probar neofitos.

—Antes de penetrar en el estudio —refiere el testigo presencial de nuestro relato— todo son sonrisas y esperanzas entre los que acuden a la llamada. Especialmente las aspirantes, sea cualquiera su edad, se consideran por anticipado que son grandes artistas y que bastará una expresión sonriente para convencer al director.

Una vez dentro del estudio, la cosa varía un tanto. Ya no hay sonrisas, sino la pretensión de aparecer lo más naturales posibles. Ha comenzado a causar impresión la vista de tantos reflectores, de los decorados, de las cámaras, de los mil detalles del estudio.

Pretenden ser naturales. Y ellas no hacen más que retocar su tocado: se miran al espejito, corrigen el dibujo de los labios, alisan el vestido, ocultan el mechón rebelde... Y ellos se arreglan una y otra vez el nudo de la corbata. La preocupación de todos los neofitos parece centralizarse en el arreglo de la corbata. Este detalle ha sido observado por un director alemán, quien afirma que el noventa por ciento de los novicios se presentan siempre arreglándose el nudo de la corbata.

Viene luego la tortura del maquillaje, si el artista es aceptado para la prueba. Una completa tortura, en manos de gentes muy hábiles. Este es un secreto que, desde luego, desconocen los que por primera vez se arriesgan a presentarse frente a la cámara cinematográfica.

Ha llegado el momento de probar a una aspirante. Le dieron ayer un papel y ha llegado el caso de que lo recite. La que ahora está en prueba es una futura Greta Garbo; por lo menos lo parece por el tipo. El director le está dando explicaciones. Y como casi siempre, cuando el director artístico habla delante de una

futura actriz, esta adopta una expresión de asombro y, por regla general, nada logra entender de lo que ha oído. Está nerviosa, aturullada, y muestra la expresión de la persona que está oyendo su sentencia de muerte.

Finalmente, el director le hace la primera prueba sin cámara. El hombre está ya harto de dar explicaciones. Y la actriz, sentada al lado del mago que la puede hacer famosa de la noche a la mañana, comienza a recitar como un loro el papel que le han enseñado. En el caso actual, la obligan a fumar un cigarrillo. Y la muchacha está como extrañada, sin duda porque no puede recordar ni la tercera parte de su lección.

De todos modos, el director no se impacienta. Con habilidad, consigue que la actriz se sosiegue, y cuando logra que le recite todo el papel, dispone la prueba en serio: con cámara y micrófono.

Aquello azara todavía más a la actriz. Es el instante crítico de su iniciada carrera... Encienden los reflectores, soles potentes y de luz deslumbradora. ¡Ah, los reflectores de cine! No imaginaron nunca las inquietas criaturas que por primera vez se plantaron delante de ellos, que sus molestias habían de ser tan grandes.

Tenemos en este momento a una debutante que difícilmente llegará a estrella. Colocada junto a una silla, la muchacha no acierta a realizar movimiento alguno; se halla como trabada, bajos los ojos por la fuerza de los reflectores, con cuya molestia no tuvo tiempo de soñar.

—¡Silencio!

Esta es la voz de orden que transmite uno de los ayudantes. Pero nada puede contener la impaciencia de los aspirantes que aguardan a que les toque el turno para someterse a la prueba capital. Siguen con atención los acontecimientos. Parecen estudiantes próximos a examinarse.

Por fin se hace el silencio. Ya han empezado a filmar. La debutante está como cercada por los focos, los cables y el micrófono. Y en tanto que el director semeja un molino agitando los brazos, la pobre novicia se encuentra como narcotizada. Nada hace a derechas. Y los gestos, la multitud de competidoras que la contemplan, aquellos focos, la noción de la responsabilidad del momento la aturullan, la inmovilizan.

De pronto una orden seca. Aquello significa el fin. Ya no ruedan las máquinas. La prueba ha fracasado.

Y así una y otra vez. Qué raras son las ocasiones en que surge la figura que se persigue. Días, semanas y hasta meses, son precisos a veces para ello.

RAMON NOVARRO INTIMO

No detallaremos su físico, tan conocido, ni hablaremos del lugar de su nacimiento, poco importa.

Su apellido real es Samaniego. Fue Rex Ingram quien lo bautizó de nuevo llamándolo Novarro. Sus principios fueron muy difíciles. El «astro» de hoy no ha olvidado todavía sus duros oficios de acomodador de cine, ni de figurante de última categoría de los Estudios de la Metro.

Es español, y de su raza conserva el fervor, la fe inquebrantable, y acaso las supersticiones...

Como la mayor parte de los hombres célebres, Ramón Novarro no puede entregarse a sus gustos personales ni a sus fantasías. Adora la aviación, y no le permiten volar; opóñese siempre el contrato. Gusta hacer frecuentes escapadas a Europa, pero carece del tiempo necesario para esa diversión.

Una particularidad de Novarro: Hasta este año no tenía automóvil propio, y a pesar de ser un gran deportivo, no sabe guiar el volante. Es un hábil nadador, juega al tennis y practica el boxeo y la lucha. Pero que no le hablen de patines...

Por primera vez asistió el pasado año a un partido de fútbol y salió entusiasmado, declarando que es un espectáculo superior a la corrida de toros. Interrogado sobre sus predilecciones, confesó gustarle, ante todo, el cine. En su villa posee una sala de proyecciones perfectamente aislada.

Le aburren las personas que solamente hablan de films, por lo cual busca sus amistades fuera del círculo de la corporación.

Oye complacido las críticas, si son fundadas, y se presta voluntariamente a las exigencias del fotógrafo y del micrófono, pero rehuye presentarse en público. Cuando va por la calle usa siempre lentes ahumados para evitar ser reconocido.

Secretamente diremos al oído de sus muchas admiradoras, algunas pequeñas manías del bello Ramón.

Nunca lleva un centavo en los bolsillos. No quiere saber el número de su teléfono, que cambia semanalmente por temor a los importunos.

Jamás ha estado seriamente comprometido.

Compra generalmente sombreros chicos y olvida sus guantes dondequiera.

Considera a la guía telefónica como el más descansado libro de cabecera. Tal es en la intimidad el principio soñado, el ideal masculino de millares de criaturas rubias o morenas que guardan celosamente el retrato del «astro», como segro talismán de dicha para el porvenir.